



Entre las consecuencias negativas de la prueba de fuerza norteamericana en relación con el «Mayagüez», está la repulsa inmediata de Thailandia, país que no fue consultado para el empleo de las bases en la operación, y que a pesar de todo se apresuró a advertir que no daría tal permiso.

mundo han podido recordar un método típico de los grandes imperios que parecía olvidado: el de las «operaciones de castigo», lo que en el argot especializado francés se llama «la politique de la cannonière» (el envío de una unidad armada como chantaje). El manotazo de Camboya ha sido, en este aspecto, muy resonante. Al mismo tiempo, para la consternación de esos países —y de una muy buena parte de la opinión pública de los Estados Unidos— se ha decretado el embargo general contra Vietnam del Sur y contra Camboya.

ES decir, lo contrario de lo que se esperaba en los medios liberales de Estados Unidos y en los que creen en las posibilidades de una política práctica o realista. Las medidas de embargo son las que ya existen contra Vietnam del Norte, Corea del Norte y Cuba. En el caso de los dos países asiáticos, el embargo no ha tenido significación real, porque se abastecen de la URSS y China. En el caso de Cuba se suele creer que el embargo acelerado e imprevisto de los primeros momentos fue el que apresuró a Cuba a multiplicar toda clase de relaciones con la URSS. Y tampoco ha servido para nada, como no sirvió el de China. El embargo a China se levantó precediendo la visita de Nixon, el de Cuba se está tratando de nuevo estos días en la OEA, pero hace ya mucho tiempo que perdió toda su eficacia.

UNA política de colaboración con los dos países vencedores, una ayuda para reparar sus daños de guerra, una contribución técnica, hubiera podido salvar todavía de alguna manera la presencia de Estados Unidos en Indochina. Ahora conseguirá que estos países se aislen más y más de los Estados Unidos —no así del mundo occidental: Francia se ha apresurado a reconocer a los nuevos regímenes— y se aproximan al mismo tiempo a otros países comunistas.

¿VALE el gesto realizado todo lo perdido? Cuando estos extremos se vayan divulgado en Estados Unidos —quizá, cualquier día, algún periódico consiga los documentos secretos del golpe de Camboya—, ¿no irá precisamente contra Ford, contra Kissinger?

Claro que ya lo tenían todo perdido... ■

ARGENTINA

El fascismo en el «cono Sur»

El 25 de abril, la Presidente de la República Argentina, María Estela Martínez, y el general Leandro Enrique Anaya, comandante en jefe del Ejército, tuvieron una conversación difícil. La consecuencia ha sido que el martes 13 de mayo, dieciocho días después, Anaya se ha visto obligado a cesar en sus funciones y a pasar a la situación de retiro, obligado por el ministro de Defensa. De esta ruptura se deduce —o se confirma— que muchos altos jefes militares están en abierta contradicción con las formas políticas del régimen y con la guerra civil lenta y continua que se desarrolla en el país, protagonizada por guerrillas y huelgas con origen en la izquierda y por una matanza diaria realizada por terroristas de la derecha.

Al parecer, el general Anaya se habría mostrado en aquella conversación partidario irreductible de que las fuerzas militares no se utilizaran en la represión de hechos que tienen un carácter político. El punto de vista militar que parecía representar Anaya en esa ocasión era el de que las fuerzas militares no deben desgastar su prestigio en acciones que no tienen un final previsible mientras no se resuelvan los problemas de la estructura económica y social del país: un prestigio que sería minado en dos aspectos. Uno, en el militar, al no poder resolver la situación sobre el terreno; otro, en el político, al perder su neutralidad y manifestarse solamente de parte del poder actual.

Ese mismo día 25 de abril había otro acontecimiento político en Buenos Aires: la dimisión —forzada— del presidente del Senado y la posibilidad de que fuese nombrado para ese alto cargo el actual presidente de la Cámara, Raúl Lastiri. Que es el yerno de López Rega y, por lo tanto, un hombre enteramente suyo. Como lo es, también, el general Alberto Numa Laplane, que ha sustituido a Anaya como comandante supremo de las fuerzas armadas. Dos hombres de López Rega en puestos decisivos: uno de ellos, Lastiri, en el lugar constitucional que le permitiría suceder a la Presidente de la República —automáticamente— si ésta viniese a dimitir. O si muriese.

Una de las especulaciones que se hacen en Buenos Aires es la de que la dimisión de Anaya —o la aclaración de sus puntos de vista, que habría forzado su retiro— fue una provocación directa de María Estela Martínez. Conociendo los puntos de vista de éste, la Presidente habría dado la orden de que el Ejército entrase a combatir las huelgas de Villa Constitución —las acerías más importantes del país, paralizadas desde hace dos meses— y le habría reprochado al mismo tiempo la falta de eficacia de los milita-

res en la contención de las guerrillas de Tucumán; pero Anaya habría dicho —se cita la frase textual— que «lo de Tucumán no se arregla a tiros», y que para que el Ejército —que ha perdido ya treinta oficiales en estas operaciones— pudiese tener éxito sería necesario modificar la situación social, económica y política, cosa que depende directamente de la Presidencia de la República y del Ejército. Un punto de discordia habría sido, también, el de las formas de ascenso de los coroneles a generales: no se está respetando la antigüedad y, en general, se están nombrando afectos a López Rega. Es decir, se está modificando la composición del Ejército.

La sustitución misma de Anaya se ha producido de esta manera irregular. Tres generales que le seguían en el escalafón —Gómez Centurión, Horacio Rivera y Delacrocce— han sido saltados y dejados en situación de reserva, y llegar a este peronista de antiguo cuño que es Alberto Numa Laplane, que tiene en su hoja de servicios el hecho de haber venido a Madrid para acompañar al general Perón en su viaje de regreso a la Argentina. Numa Laplane es un hombre de extrema derecha.

Como lo es López Rega. Que es el nombre que aparece como triunfador en todos estos movimientos políticos, López Rega, como se sabe, era el secretario del general Perón; se le llama el «brujo», tanto por una afición real al ocultismo como por su capacidad de maniobra. Perón había advertido ya a Jorge Antonio —en una famosa carta que circula por el mundo y que fue publicada hace tiempo en España— de la peligrosidad de López Rega. Muchos creyeron que, al morir Perón, López Rega quedaba eliminado porque no tenía más cargo que el de su secretario personal; incluso se insinuó que en ningún caso debía seguir habitando la Casa Rosada con la Presidente viuda. Pero doña María Estela saltó por encima de protocolos, hostilidades y conveniencias y elevó a López Rega al cargo de secretario de la Presidencia, cargo muy equiparable al de primer ministro. Su misión principal ha sido la de depurar al peronismo de todos los elementos de la izquierda peronista y dirigir la represión. Se dice que las bandas de terroristas que asesinan a diario a personalidades conocidas por su aspecto democrático son en realidad grupos de policías que dirige personalmente López Rega. Su manera de hacer política es la represión, y a él se deben las medidas continuas de control y censura de la prensa (la más reciente, la prohibición a todos los periódicos y emisoras de radio de utilizar las informaciones de las agencias extranjeras de pren-

sa que toquen temas relacionados con la Argentina).

El peronismo, antes del regreso de Perón, era una gran masa que comprendía fuerzas enormemente dispares: desde los antiguos fascistas que rememoraban la primera dictadura del general hasta los revolucionarios de todas clases —trotskistas, maoístas o castristas— que aceptaban el aspecto revolucionario del «justicialismo» y los sindicalistas que recordaban que hasta Perón —y Eva Duarte— no hubo verdaderos sindicatos en la Argentina —aunque éstos se moldearan según el corporativismo a la italiana o a la mussoliniana—, pasando por liberales, demócratas, gentes de Iglesia —dispuestas a olvidar con facilidad que Perón había sido excomulgado, ya que luego fue readmitido en el seno de la Iglesia— y, en general, todos los que repudiaban la dictadura militar que había eliminado las libertades civiles. Poco a poco todos estos elementos «impuros» del peronismo han ido siendo eliminados; expulsados unos —como Cámpora—, asesinados otros, en el exilio muchos que temen a los paralelos de la AAA (Alianza Anticomunista Argentina, que no retiene su terrorismo sólo para los comunistas, sino que acusa de comunistas a todos los liberales y demócratas, a la izquierda en general) o simplemente privándoles de sus cargos, como está ocurriendo con los militares; queda en pie el fascismo, antiguo y nuevo, y la fascinación que sobre estos dirigentes ejercen otros países de dictadura de la derecha, vecinas y cada vez más amigos, a partir del «gran hermano» brasileño —en otro tiempo, la política argentina equilibraba a la brasileña; ahora son similares, con la diferencia, quizá, de que en Brasil se ve levemente apuntar un regreso a la democracia formal, moderada y controlada, mientras que en Argentina cada paso aleja más de ella—, al «nuevo Chile» —los exiliados chilenos en Argentina lo están pasando muy mal: algunos son asesinados por la AAA, otros desaparecen simplemente; los patronos que les dan trabajo reciben amenazas por «em-

plear marxistas», y tienen que prescindir de ellos; los albergues para chilenos refugiados carecen de lo más elemental—, a Paraguay, Uruguay, Bolivia... Esto es, a todo un inmenso trozo de mapa, que se suele considerar como el «cono Sur» del subcontinente, que rápidamente se está convirtiendo al fascismo.

La oposición que pueda encontrar el lópezreguismo en Argentina es la de las guerrillas y las huelgas, que se incrementan a medida que la situación económica se deteriora —la caída económica no cesa desde hace años, desde mucho antes del regreso de Perón; ahora se multiplica de una manera uniformemente acelerada—; ahora mantienen un estado de incomodidad y de dificultad para el poder, pero todavía no lo amenazan directamente. Una oposición que puede ser mucho más eficaz es la de los altos jefes militares, que discrepan enteramente del aventurismo del poder y que discrepan ya de las medidas constitucionales que permitieron el regreso al poder del viejo general, rodeado de una camarilla de sucesores que se aseguraron perfectamente la supervivencia. Anaya no es un caso aislado, sino el exponente de un pensamiento militar bastante notorio. Los generales repugnan tomar el poder; lo tuvieron durante muchos años y no consiguieron canalizar nunca la situación de vacío que había dejado Perón al marcharse. Probablemente porque en lugar de aplicar una política democrática como contrapeso, creyeron que otra forma de dictadura podría sanear el país. Quizá cuando quieran reaccionar será demasiado tarde: los movimientos y cambios de mandos militares se hacen a favor del lópezreguismo. Y, sin duda, tienen todo el apoyo de los Estados Unidos, nación originariamente combatida por el peronismo, cuando éste estaba en la oposición, bajo las acusaciones corrientes de imperialismo, y ahora notablemente favorecido por este apuntalamiento de la extrema derecha al Sur del subcontinente.

CHINA

Viva la derecha europea

● Un viajero inglés de calidad, sir Christopher Soames, de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea, ha encontrado con gran sorpresa suya que en Pekín se siguen minuciosamente los detalles de la campaña británica para el referéndum del día 5 —en el que se ha de decidir el mantenimiento en el Mercado Común o la salida de él— y se analizan las auscultaciones de la opinión pública con más interés que en muchas capas de la población inglesa. Los interlocutores oficiales de sir Christopher le interrogaban con preocupación y

ansiedad acerca del resultado posible del referéndum.

La explicación le fue fácil y rápidamente ofrecida: China desea una Europa unida y fuerte para que sea capaz de enfrentarse con la Unión Soviética. Una Europa independiente de los Estados Unidos; porque los Estados Unidos resultan ahora, a ojos de Pekín, una nación alineada con la URSS, capaz de hacer a ésta todas las concesiones posibles con tal de no entrar en guerra. Y si la URSS estuviera tranquila con respecto a Occidente, sin desafíos de ninguna clase, se apresuraría a lanzarse contra China...



El vicepresidente chino, Teng Siao-ping, con el primer ministro francés, Chirac, y el titular de la cartera de Asuntos Exteriores, Jean Sauvagnargues (centro).

«Un día —dicen los altos funcionarios chinos— ustedes conocerán a los rusos como los conocemos nosotros, y entonces tomarán tan en serio como nosotros la amenaza de una guerra...»

En los ejercicios militares de tiro, como en las maniobras civiles de defensa pasiva —con los supuestos de bombardeo atómico y de guerra biológica— no se habla de un enemigo hipotético que ataque al país, sino que siempre se nombra al enemigo como la Unión Soviética. Los cascos de los soldados de madera contra los que disparan los chinos en sus ejercicios llevan pintado el letrero de «invasor soviético».

Dentro de este contexto, no puede sorprender que los chinos consideren como figuras europeas de primera calidad al propio Christopher Soames, Edward Heath y, sobre todo, al alemán federal Franz Joseph Strauss: es decir, a aquellos que favorecen una idea de Europa unida de gobiernos fuertes y derechistas. Franz Joseph Strauss, a quien la izquierda de su país considera como un candidato al puesto de Hitler, y que precisamente para los pro chinos de Alemania es el ogro feroz, resulta un ídolo de los chinos...

En cambio, un viajero británico muy influido por un idealismo comunista, que lucha contra la incorporación de Gran Bretaña a la Comunidad porque entiende que ésta es arma anticomunista y que pretende que los trabajadores controlen sus empresas y que si hay una unidad Europea sea sindical, se ha visto tratar en Pekín como un auténtico enemigo.

La psicosis de la guerra inevitable, y de la URSS como inevitable protagonista de esa guerra precisamente contra China, crece hasta puntos de histeria. Algunos observadores excesivamente sensibles se han preguntado acerca de si toda

esta campaña de defensa contra la URSS no será, en el fondo, una manera de ir preparando a China para cometer una agresión directa contra los soviéticos, y si todo ello no será consecuencia de una hábil manipulación de la CIA para llegar a ver destruirse mutuamente a los dos enemigos comunistas de los Estados Unidos.

El tono de la visita del vicepresidente chino, Teng Siao-ping —a quien el «Canard Enchaîné» llama «El último Teng en París», a Francia ha sido precisamente ese: el de rogar a los franceses —a Valéry Giscard d'Estaing— que hagan todo lo que puedan para conseguir la más fuerte unión de Europa. En su discurso en la cena que le fue ofrecida por el primer ministro, Chirac, Teng pronunció estas palabras: «Para conseguir la hegemonía mundial (las superpotencias) continúan su rivalidad con un encarnizamiento redoblado, especialmente en Europa, de forma que los factores de guerra aumentan sin cesar. Además, se sabe bien de dónde viene principalmente la amenaza de guerra a la que se exponen Europa y el mundo...»

En las conversaciones privadas —que han sido largas y abundantes—, Teng habría puesto en guardia contra el comunismo a los dirigentes franceses —que por sí mismos no necesitan mucho estímulo en este aspecto— que, según él, podría suponer una forma de entrega de Europa a la voracidad soviética.

La próxima visita de Giscard d'Estaing, anunciada ya en el curso de estas entrevistas y en el feliz comunicado final, se inscribe en este tono político. De todas maneras, los franceses se han abstenido de emplear frases que pudieran molestar a la URSS y, sobre todo, que pudieran inquietar a los Estados Unidos.